



A propósito de Vera Carnovale, **Los combatientes. Historia del PRT-ERP**, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 310 pp.

La historia del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) abarca un lapso de poco más de diez años, desde 1965 (cuando fue creado el partido) a la derrota final en los primeros años de la dictadura. La prolija investigación de Vera Carnovale combina el trabajo de las fuentes documentales con los testimonios de antiguos militantes. Por un lado, ofrece una historia razonada de la creación, las tendencias internas, los debates y giros tácticos, los programas y las acciones. Por otro, en un registro más cercano al ensayo político, interviene sobre las memorias de esa experiencia: discute sobre todo con quienes revisan esa trayectoria a partir de una clave explicativa que señala la “desviación militarista”.

A la nostalgia de una revolución truncada por los errores de quienes estaban destinados a conducirla (lo que la autora llama la “impugnación prescriptiva”), se opone en esta obra la voluntad de explorar lo que hizo posible esa empresa tal como efectivamente sucedió, sobre todo la configuración (política y moral, siempre subjetiva) de ideas y fantasmas, esquemas de percepción y de acción, valores e identidades, que otorgaban un sentido al destino trágico de esa comunidad de militantes.

El PRT se constituyó, hacia 1974, en la organización más importante de la izquierda revolucionaria. Puede decirse que en su trayectoria y en su fracaso se condensa una experiencia más amplia, la de los proyectos revolucionarios que poblaron el continente después del triunfo de la guerrilla cubana. Al interés histórico y al impacto sobre los debates de las memorias militantes se agrega, entonces, la importancia de una deliberación sobre ese pasado, una base indispensable en la reconstrucción de una política y una cultura de izquierda en la Argentina.

La obra se propone investigar ese colectivo con un foco en la “subjetividad”, un rubro más que un concepto, capaz de exponer un nudo problemático abierto, con más preguntas que respuestas. Esa dimensión subjetiva de la formación militante es explorada a través de las construcciones de la figura del enemigo, de las tensiones y las visiones partisanas en torno del “hombre nuevo” y de las prácticas de formación y disciplinamiento internas a la organización.

En una reconstrucción cercana a la que ofrecen los protagonistas, esa función subjetiva se muestra moldeada por la intensidad coligada de la voluntad y de las creencias. En verdad el cortejo de las virtudes (sacrificio, heroicidad, martirio), anudados a la fuerza de los mandatos de una organización total, da cuenta de una configuración identificatoria en la que la máxima exaltación del yo de la acción, de la decisión y el coraje, coincidía con el extravío de una razón (“revolucionaria”) que despreciaba los obstáculos del mundo. Nada lo muestra mejor que el gesto de Mario Santucho cuando, el 24 de marzo de 1976, convocaba a los “Argentinos, a las armas” a contramano de una sociedad que mayormente se preparaba a recibir con alivio las promesas de orden de una nueva dictadura.

El mandato moral sintetizado en la voluntad de “ser un revolucionario” a toda costa (como recordaba Pablo Giusani) parece determinante en la “trágica historia de las sectas armadas” (en palabras de Helios Prieto, un protagonista mayor de esa experiencia), y se impone sobre los análisis, las posiciones, los documentos, que parecen indicar otro curso de acción. Por supuesto, la historia de los “combatientes” no agota los sentidos ni los efectos de esa experiencia. Queda pendiente una investigación sobre el trabajo político del partido en los diversos frentes (político, sindical, cultural, universitario), así como de las publicaciones, **Nuevo Hombre** (desde 1972) y el diario **EL Mundo**, en los meses en que pudo editarse. ¿Hubo un curso posible que no quedara entrampado en las visiones y la moral de la guerra total?

La exploración de esa guerra a través de las figuras del “enemigo” muestra bien la singular asociación de las pasiones de un grupo cerrado (el odio, la venganza) con la fascinación y la identificación con una forma militar idealizada. Esa guerra es sobre todo un estadio superior de la moral militante. Y busca proyectar esa valoración sobre el enemigo; incluso busca presentar al propio ejército como más apegado a las tradiciones y las virtudes militares respecto de aquellos que finalmente los aniquilaron con métodos que transgredían toda moral. “Militarización”, entonces, no es sólo la consecuencia inevitable de una lucha concebida como una guerra, sino que resume y condensa un conjunto de valores antes que una efectiva formación en las disciplinas militares.

Finalmente, el tópico del “hombre nuevo” es indagado como una formación compleja, tensionada. Por un lado, está el peso de las “virtudes proletarias” (amasadas en el ideario del

cristianismo): ascetismo, humildad, espíritu de sacrificio, solidaridad y amor al prójimo (fe, esperanza y caridad, podría decirse). Por otro, está el heroísmo del guerrillero, el “revolucionario total” que entrega su vida y a cambio se autoriza a matar. Cristo y el Che encarnan esas dos fisonomías contrastadas del hombre nuevo. El libro explora muy bien la “encerroña trágica” (evoco un término de Fernando Ulloa), las paradojas e imposibilidades encarnadas en esos mandatos inconciliables.

De allí también los dos sentidos de la “ética sacrificial”: la del humilde que entrega su vida de a poco en el amor al prójimo o la del guerrero que la ofrece entera en el combate y alcanza su verdadera estatura de héroe en la “muerte bella”. En un caso o en otro, lo “nuevo” de esa proyectada revolución antropológica se amasaba con tradiciones morales de muy larga duración. En la medida en que el discurso y las proclamas destacaban las historias combatientes, en ese sustrato identitario proyectado emergían las virtudes de la nobleza guerrera, componente esencial de las tradiciones militares. De allí la paradoja mayor, si cabe: la de un ejército que se pretendía del pueblo mientras conformaba sus ideales en el surco de una de las tradiciones más aristocráticas de Occidente.

**Hugo Vezzetti**  
(UBA-CONICET)

A propósito de Marina Franco, **Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976**, Buenos Aires, FCE, 2012, 352 pp.

Suele reclamarse que la memoria y la historiografía sobre la historia reciente tienen aún por delante la ineludible tarea de adentrarse con mayor sistematicidad en la dimensión de las responsabilidades colectivas. Este reclamo encuentra su legitimidad en la constatación de una generalización aparentemente incommovible de memorias y relatos centrados en las bondades imaginarias de una amplia variedad de actores sociales poco dispuestos a re-conocer y/o re-pensar el grado y la naturaleza de la responsabilidad que a cada uno le cupo en la configuración de las condiciones de posibilidad de la instalación y el funcionamiento del terror estatal. Es en este escenario que el último libro de Marina Franco representa una valiosa intervención.

Motivado por un confesado desvelo (“cómo fue posible que la sociedad argentina llegara a las

espirales de violencia que después de varias décadas confluyeron en la salvaje dictadura militar de 1976”) la autora aborda el período constitucional 1973-1976 buscando allí las olvidadas cuando no silenciadas líneas de continuidad de este período con aquél abierto en 1976 en términos de políticas represivas estatales.

Así, presta particular atención tanto a la dimensión de la discursividad emanada desde el gobierno peronista — especialmente en lo que refiere a la construcción de figuras tales como “la subversión”, “la infiltración marxista”, “la amenaza comunista”, entre otras, que luego, tras 1976, serían retomadas por las FFAA en el poder — como a la de las medidas y políticas estatales específicas en relación con la violencia insurgente, medidas y políticas materializadas tanto en leyes y decretos como en prácticas tanto más difusas como cotidianas que conformarían un escenario político-institucional signado por el estado de excepción. Es de destacar que en su análisis la autora otorga un lugar destacado a las formas en que aquellos discursos y políticas hallaron eco y/o consenso en variados espacios sociales tales como la prensa, los partidos políticos, etcétera.

Es ésta, ante todo, una intervención audaz toda vez que aborda lo que la propia autora denomina el “tabú” sobre la represión protagonizada por el peronismo. Y en ese irreverente abordaje su pluma confronta con rigor historiográfico imágenes y representaciones del período que están ampliamente extendidas en círculos militantes, políticos y aun académicos; por ejemplo, una postulada ajenidad de Perón respecto de las prácticas represivas ilegales del período 1973-1976, prácticas que — no puede dejar de decirse — incluyeron el asesinato de militantes sociales y/o políticos del campo popular. Es, a su vez, una intervención de gran solidez analítica. La investigación está muy bien documentada a partir de un corpus de fuentes primarias tan nutrido como heterogéneo y pertinente. Y, un elemento destacable — y de fundamental importancia tratándose de una intervención historiográfica — es la nutrida información que ofrece, es decir, su sólida reconstrucción fáctica; en este terreno el libro se diferencia de otras escrituras sostenidas menos en la investigación rigurosa que en certezas de carácter impresionista. Finalmente, la trama narrativa fundamenta bien la hipótesis propuesta: “el período constitucional 1973-1976 constituyó un proceso de lenta deriva hacia el autoritarismo desde el seno y a través de las instituciones del propio régimen democrático, de algunos sectores o de algunas prácticas paralelas o clandestinas”.

Es tan esperable como deseable que el libro genere debate dentro y fuera del espacio académico: no sólo porque la temática no está suficientemente discutida sino, fundamentalmente, porque continúa teñida de silencios, nociones y representaciones — emanadas del espacio militante — que empañan parte de las respuestas posibles a aquella perturbadora pregunta del “cómo fue posible”. Porque, en definitiva, lo que esta reconstrucción histórica viene a demostrar es que no es poca — sino más bien mucha — la responsabilidad que le cupo al principal movimiento político del país (el peronismo) en la configuración de las condiciones de posibilidad del terrorismo estatal instalado ¿a partir del 24 de marzo de 1976? Y porque esta responsabilidad es puesta en palabras, precisamente, en el contexto de un gobierno, también peronista, que no sólo se jacta discursivamente sino que además impulsa y ejecuta, políticas públicas reparatorias en materia de derechos humanos, principalmente en lo que hace a la de la judicialización de represores.

También esperable, aunque no tan deseable, es que el objetivo del libro y su gran aporte, esto es, la “relativización del corte de 1976 para mostrar continuidades de corto, mediano y largo plazo”, constituya, al mismo tiempo, el blanco de sus críticas. Porque si bien es cierto que — como tan sólidamente fundamenta el texto — no pueden desmerecerse las continuidades en materia de política represiva entre el período 1973-1976 y el abierto a partir de entonces, también lo es que no faltarán voces que impugnen el riesgo de desdibujar la ruptura *sustantiva* que el golpe de Estado de 1976 representó (no ya en términos imaginarios o de memoria sino reales). Si así fuera, no habrá que caer en la trampa, porque ya se sabe, ya ha sido dicho: aunque las modalidades represivas del régimen instaurado en 1976 reconozcan “antecedentes” en el período anterior, la sistematicidad con la que esas modalidades fueron implementadas — y sus dimensiones cuantitativas — tornaron a la última dictadura en un régimen de naturaleza muy diferente al anterior. Y, sin embargo, no por eso, aquellos antecedentes deben ser desterrados de la memoria colectiva, no al menos de una que incluya en el horizonte de sus expectativas futuras la construcción de una cultura política más atenta al valor de lo que sin mayores preciosismos y por comodidad muchos llaman *la verdad histórica*.

Vera Carnovale  
(CONICET-CeDInCI/UNSAM)

## FICHAS DE LIBROS

Carl Schorske, **La Viena de fin de siglo. Política y Cultura**. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 376 pp.

La historia cultural con la aparición del libro de Carl Schorske tuvo uno de sus puntos más altos. Siglo veintiuno editores, en consonancia con una política de reposición de libros clásicos en este campo, publicó el año pasado una renovada edición de **La Viena de fin de siglo** que coloca, finalmente, al alcance del público argentino y latinoamericano una obra imprescindible. El objetivo general que atraviesa la obra de Schorske es investigar los efectos refractarios que produjo el quiebre del liberalismo político en la cultura vienesa entre fines del siglo XIX y principio del XX. Crisis que tuvo otras manifestaciones en Europa a comienzos del siglo XX, la particularidad de esta experiencia radicó en la velocidad y espesura que revistió el cambio social y político producido por la caída liberal. Las innovaciones originadas por lo que tiempo después se identificó con el nombre de “escuelas vienesas”, fueron parte de un palpable y vertiginoso proceso de reformulación crítica y subversiva de diversas tradiciones que modificaron para siempre la vida cultural e intelectual de la capital imperial. A través del recorrido propuesto por Schorske, pueden constatar y evaluarse los aportes que produjo una camada de jóvenes de clase media protagonistas sensibles del descalabro de la herencia liberal-racional y, al mismo tiempo, autores de una serie de estudios y expresiones culturales de inigualable aporte a la cultura occidental. Freud en el campo de la psicología, Klimt y Kokoschka en el arte, Otto Wagner en la arquitectura y Schoenberg en la música fueron los nombres representativos de una generación de intelectuales críticos que formaron parte de los mejores y más visibles ejemplos de un fenómeno de ruptura y creación cultural. Schorske no sólo repone este mundo en franca transformación sino que logra construir una manera de adentrarse en el análisis de la cultura y de esta manera posibilitar el estudio de otras manifestaciones inscriptas en latitudes y espacios diferentes.

Por el encuadre histórico cultural que se expone en **La Viena de fin de siglo**; por el tipo de vínculo que se establece entre política y cultura; por el manejo y conexión que realiza entre arte, psicología, arquitectura y música y, sobre todo, por el lenguaje utilizado es que la obra y su autor se han convertido en una de las principales referencias y preferencias ineludibles en el campo de la historia cultural habitado por otros nom-